

den dogmático, tiene cabida el Darwinismo, como parece que lo quieren estos filósofos, necesario es que, en el orden intelectual y en el orden dogmático, obedezca á la misma ley que lo domina, en el orden de la naturaleza: necesario es que se siga una ley de progreso, y no una ley de decadencia.

Nuestra fórmula cristiana expresa las relaciones reales del infinito, consigo mismo: es la expresión de la vida divina, dentro de ella misma: es un orden superior.

La evolución, obedeciendo á su ley, debía expresar algo más elevado, algo más sublime.

La evolución de la escuela hegeliana, y la evolución de la escuela ecléctica francesa, obra en sentido inverso.

De nuestra fórmula cristiana, evolucionando, desprenden esta otra: *finito, infinito, relación entre uno y otro: unidad, variedad, relación entre una y otra.*

Estas dos últimas fórmulas ya no expresan los actos subsistentes de la vida divina: expresan las relaciones del infinito con el finito, es decir, descienden de los actos internos de Dios, á sus actos exteriores: consideran como un término de esas relaciones, á la naturaleza creada.

La fórmula ha perdido en su evolución, ha descendido: la ley del evolucionismo está rota.

“Descender del infinito al finito, dice el P. Monsabré, tomar como un embrión informe nuestro dogma tan noble, tan elevado, tan puro de toda mezcla, tan digno de la majestad de Dios, y hacerle producir una trinidad vulgar que enseña al género humano, lo que él sabe desde hace seis mil años, es tan ridículo, como si alguno se esforzara en sacar del germen de la vida humana, un álamo ó un encino.”

Queda, pues, demostrado, que la razón humana es tan impotente para desfigurar, por medio de sus interpretaciones, los misterios de la fe, como para destruirlos, en nombre de la evidencia.

DIOS PRINCIPIO Y FIN.

La actividad divina no se agota por las procesiones divinas y eternas del Santo Espíritu y el Verbo.

Los bienes y la felicidad, de que goza Dios en su vida íntima, no quedan allí encerradas.

El bien es esencialmente difusivo: en Dios lo es infinitamente.

Y por eso la felicidad y el bien se han extendido en un mundo inferior, en que constantemente vemos las huellas del Altísimo y las buscamos para adorarlas.

Todo lo que existe fuera de Dios, ha sido creado por él.

Dios es el principio de todo: Dios es el fin de todo.

Por eso ha dicho: "Yo soy la alfa y la omega, el principio y el fin;" *ego sunt alpha et omega, principium et finis.*

El acto creador en toda su naturaleza, está expresada en estas palabras de la Escritura Santa: *omnia operatus est:* y su fin está revelado en estas otras palabras, que completan la frase divina: *propter semetipsum.*

Pero, ¿cómo es Dios el principio de todo?

En el mundo observamos que las fuerzas obran sobre la naturaleza y producen movimientos y formas.

El átomo atrae al átomo, el astro en su carrera arrastra á otro astro, el viviente engendra vivientes, el hombre reúne los elementos, calcula su

energía y los obliga á que presten servicio á sus intereses ó á sus goces: el hombre trasforma sustancias brutas en obras de arte admirables, en que creemos ver que la vida circula.

Pero en todos estos casos observamos, desde luego, que la fuerza, de cualquier naturaleza que sea, obra siempre sobre un ser preexistente.

El átomo es algo, el astro es algo, el germen de los vivientes es algo, el elemento es algo, la materia de las obras humanas es algo, antes que reciban, de la fuerza, la vida y el movimiento.

Si suprimimos este algo, y ponemos á la nada en presencia de la actividad más poderosa, ésta responderá: "nada puedo hacer."

¿Necesitará Dios, fuerza primera y omnipotente, un algo que preexista, para darle vida, forma y movimiento?

Juzgarlo así, sería calcar el infinito sobre el finito, sería estimar el poder divino, midiéndolo con la escasa y pobre medida del poder humano.

Sin embargo, la antigua filosofía, aceptó casi universalmente, el sistema de los dos principios que los genios más poderosos, que los más grandes pensadores de Grecia, Platón y Aristóteles, no pudieron reformar.

Las antiguas escuelas filosóficas, anteriores al cristianismo, con pequeñas variantes que es inútil hacer notar aquí, profesaron el *dualismo*, es decir, la existencia colateral de dos principios sin principio; el uno, soberanamente perfecto, el otro soberanamente imperfecto; el uno, forma pura infinitamente activa, el otro, materia por completo informe é indiferente.

En este sistema se encuentran dos elementos: por una parte, Dios como debe ser, espíritu puro, inteligencia suprema, actividad omnipotente; pero que necesita como toda fuerza, una materia para obrar sobre ella; de la otra, la materia confusa, indistinta, sin figura y sin energía, la cual espera la hora y la palabra del celestial obrero.

El Dios del *dualismo* no ha tenido principio: la materia del dualismo tampoco la ha tenido: existe por sí misma.

La razón humana se levanta contra ese sistema: es absurdo é inconcebible.

No puede ponerse en duda que en el mundo hay *espíritu*, y que este *espíritu* es una sustancia.

Este principio, esta verdad, es por todos universalmente admitida, si se exceptúan los pocos

materialistas que todavía existen en medio de los pueblos civilizados y que propagan su grosero materialismo, ataviado con ropaje científico.

Si el espíritu existe, puede preguntarse á los partidarios del *dualismo*: ¿este espíritu es una partícula del infinito? Pero, entonces, qué sucede con la unidad de la esencia divina? ¿Es un ser independiente de los dos principios? Pero, entonces, de dónde viene? Es un extracto de la materia? Pero, entonces, cómo es simple cuando la materia es completa?

¿Es una sustancia creada? Entonces, hay algo, que se hace de la nada?

Estas sencillas interrogaciones, bastan para demostrar que el *dualismo* no puede sostenerse.

Pero hay todavía otras consideraciones que ponen de manifiesto lo inconcebible de ese sistema.

Existir es la perfección suprema, la raíz de todas las perfecciones: tiene que ser así: antes de existir de tal ó cual manera, es preciso existir.

“Ahora bien, dice el Padre Monsabré, como la manera de ser tiene que ser proporcionada al ser mismo, claro está que para sostener una perfección infinita es absolutamente precisa una existencia infinita, y yo no sé que haya otro modo

de ser infinitamente, más que el de existir por sí mismo."

En consecuencia, todo ser que esté dotado de perfección infinita tiene que existir infinitamente, y todo ser que exista infinitamente, tiene que estar dotado de una perfección infinita.

Estos son principios que sin dificultad se imponen á la inteligencia humana.

A la clarísima luz que ellos difunden, fácil es ver que el *dualismo* no puede sostenerse.

Uno de los dos principios del *dualismo* es la materia informe é inerte; está sumida en las tinieblas y condenada por su naturaleza á una completa inmovilidad. Si se le pregunta, por lo mismo, qué cosa es; no responde: si se quiere describir su forma no se puede, porque no la tiene; es capaz de hacerse todo, pero con tal que se le ayude, con tal que sobre ella obre la fuerza del otro principio.

Y, sin embargo, esta materia inerte, desnuda y miserable, sin movimiento y sin vida, y que es puro receptáculo de la perfección, existe por sí, existe infinitamente, es un ser necesario.

Tiene la más grande de las perfecciones: la existencia por sí, el ser, el vivir sin depender de nadie.

Y, sin embargo, este ser que tiene la raíz de todas las perfecciones, porque tiene la existencia infinita, no se puede dar perfecciones de orden infinitamente menor.

Existir infinitamente y no poder hacer nada, es un absurdo.

Así es, que la materia eterna del *dualismo* es, hay que repetirlo, un absurdo.

El otro principio del *dualismo* es el ser infinito, que es acto.

Y, sin embargo, en ese sistema, ese infinito ser, ese ser perfecto, esa existencia llena de vida, nada puede hacer sin una materia preexistente.

Esa materia desnuda, inerte, indiferente, limita el poder de esa existencia infinita.

Un Dios infinito que nada puede hacer, si no hay una materia sobre la cual ejercite su fuerza y su poder: he aquí otro absurdo.

Preciso es concluir, que si Dios es infinito, todo depende de él y él ha hecho todas las cosas no modificando la materia preexistente, sino dando el ser á sustancias que antes no existían.

Sólo la creación de la sustancia de las cosas, puede darnos idea de su poder infinito.

Tal es el acto creador: sacar de la nada un ser.

Hay otra escuela que da la razón á la escuela católica, cuanto esta combate el absurdo sistema que acaba de refutarse.

Es verdad, dice; el *dualismo* mutila á la divinidad: su materia eterna no puede tener la fuerza de existir por sí misma, cuando no tiene la fuerza de moverse: en una palabra, es un sistema que rebela al sentido común.

Dios, dice la escuela de que ahora nos ocupamos, es la causa primera y universal de todos los seres.

Dios los produce todos; pero no fuera de él mismo: el mundo no es un término distinto de la sustancia infinita.

La sustancia infinita produce, emana, dentro de ella misma: sus múltiples modos subsisten en una sola esencia.

Lo finito no es más que un aspecto del ser universal que se difunde, se derrama, sin salir de la unidad.

Dios ha producido todo, es una palabra, á los oídos de esta escuela, que suena mal, que anuncia una idea falsa.

Es mejor decir, *Dios es todas las cosas: Deus est omnia.*

Nos encontramos, pues, en presencia del panteísmo.

El *dualismo*, rompiendo la unidad del Ser Divino y el panteísmo queriendo conservarla incólume, las dos por sendas contrarias llegan al absurdo.

Absurdo es el *dualismo*: no lo es menos el *panteísmo*.

Este se presenta bajo cuatro formas: unos dicen que Dios crió el mundo de su propia sustancia, como un padre engendra á su hijo con su propia sangre, y este es el panteísmo por *emanación*: otros afirman que los seres salieron de la sustancia Divina como la luz sale del sol, el calor del fuego y los gases de la tierra; y este es el sistema de la *emanación*; aquellos enseñan que Dios no hizo más que modificar, transformar de diferentes maneras su propia sustancia, quedando siempre él mismo, como la inmensidad de las aguas del Océano, filtrándose en todas las inmensidades de la tierra, se circunscriben y forman cauces y depósitos diferentes, y este es el panteísmo por *limitación*; estos, en fin, dicen que la sustancia divina se halla combinada en el mundo, como el alma humana con el cuerpo, y este es el panteísmo por *animación*.

Bajo estas diferentes fórmulas y bajo estos nombres diferentes el fondo es el mismo.

Consiste en creer que no hay en el mundo, en el universo, más que una sustancia única, la sustancia Divina; que de esa sustancia, de sí mismo, todo lo hizo Dios; de modo que todo lo que existe es Dios y Dios es todo lo que existe.

Basta una reflexión sencilla, para demostrar el absurdo de ese sistema.

Ese Dios del panteísmo tiene que ser, sin distinción de esencia, el finito y el infinito, el perfecto y el imperfecto, lo necesario y lo contingente, lo absurdo y lo relativo, lo eterno y lo temporal, lo inmenso y lo limitado, lo inmutable y lo que cambia, el espíritu y la materia, la verdad y el error, el bien y el mal.

He aquí el Dios del panteísmo: por no romper la unidad de esencia, forma en realidad un odioso compuesto de cosas contradictorias.

Ese Dios puede significarse con esta fórmula: la identidad de las cosas contrarias.

Es absurdo concebir un ser real, que sea sustancialmente la personificación de elementos que se excluyen.

El absurdo trascendería aun al orden de las inteligencias.

Si puede haber un ser real que sustancialmente sea el ser y el no ser al mismo tiempo, quedaría destruido este principio; imposible es que una cosa sea y no sea al mismo tiempo.

Quedaría sin base, en el mundo, el orden intelectual.

No habría certidumbre.

Rehusando la evidencia sus claridades á todos nuestros conocimientos, ya no podremos decir: yo sé, sino yo dudo.

A este precio, es insensato admitir la unidad de ese Dios del panteísmo.

Hay otra escuela, vieja por cierto, que imaginó otro sistema, para no verse obligada á doblar la frente ante el dogma augusto de la creación.

Ese sistema es el *atomismo*, según el cual las partículas simples y diminutas de la materia, después de haber en sus movimientos eternos agotado todas las combinaciones posibles, llegaron por aglomeraciones fortuitas á formar el mundo tal como lo vemos.

Estos filósofos atomistas, ó como se les llama también *corpusculares*, antes que admitir que un

Dios ha creado el mundo de la nada, opinan que el mundo se ha formado á sí mismo, por el movimiento fortuito de los átomos, por la energía de la materia eterna.

Basta enunciar este sistema, para que se conozca desde luego su absurdo.

Los primeros filósofos del cristianismo, y hasta los mismos paganos, lo refutaron victoriosamente.

En esta hipótesis impía, decían los grandes apologistas de la fe, lo absurdo y lo ridículo supera á la misma impiedad, pues es imposible que los átomos hayan formado todos los seres; que les hayan comunicado la regularidad de los movimientos que en ellos admiramos, y que los hayan dispuesto en el orden admirable en que se hallan.

¿Y de dónde vinieron esos átomos? ¿Cuál es la razón de su existencia? ¿Cuál es el origen de esas semillas de todos los seres?

Los atomistas responden que la naturaleza.

“Si por *naturaleza* entendéis, les decía San Clemente, un ser racional que ha dispuesto el mundo, según las reglas de la sabiduría, en este caso no hay controversia entre nosotros y vosotros, pues, lo que atribuis al espíritu y razón de la naturaleza, lo atribuimos nosotros al espíritu

y razón de Dios; y lo que llamáis naturaleza, lo llamamos nosotros Dios, Creador de todo.”

“O bien por la naturaleza, continuaba el gran filósofo cristiano, entendéis un ser ciego, sin voluntad, sin sentimiento, sin inteligencia, sin razón, y en este caso proclamáis un absurdo. ¿Qué medio hay de afirmar, á menos de haber perdido la razón, que esta obra inmensa que revela, que anuncia, que demuestra, para los espíritus más limitados, el trabajo de una razón infinita, sea el producto de un ser sin razón, del acaso, de las combinaciones fortuitas, de las moléculas de la materia, ó de los átomos en movimiento desde toda eternidad?”

Lactancio no era menos vigoroso en su razonamiento.

“Recurrís á la materia, les decía, y le conferís el honor de haberlo hecho todo. Pero esta materia que admitís, ó es inteligencia ó no lo es: si decís que no lo es, es claro, entonces, que nada hizo, ni nada pudo hacer: si aseguráis lo contrario, entonces tal naturaleza es Dios.”

Séneca, el más sutil de los filósofos estoicos, decía: “¿Cómo podemos negar á Dios nuestros

homenajes, cuando la naturaleza entera es la obra de su poder?"

"El hombre mismo, continúa Lactancio, dotado de inteligencia y de razón, y poseedor del arte, no puede hacer más que el simulacro inanimado, la estatua muerta del hombre: y ¿cómo osáis pretender que partículas de materia, desprovistas de arte y razón, aglomerándose de un modo casual, hayan podido formar al hombre, al hombre vivo, al hombre que discurre?"

"Os concedo, agregaba, que los átomos hayan podido formar todos los seres terrestres: os quedará siempre por explicar cómo estos mismos átomos han podido formar los cuerpos celestes: ¿cómo imaginarse que en corpúsculos tan diminutos como los átomos; exista una fuerza tal, que por su aglomeración hayan podido formar masas de tamaño tan incomprensible como las que vemos en el cielo?"

La tierra que habitamos tiene 9,000 leguas de circunferencia, y no puede ser recorrida su superficie en todas direcciones, sino en 18,262 años.

Y sin embargo, este planeta no es el mayor de los que forman nuestro sistema solar.

Urano es 82 veces mayor; Saturno, 754 veces; Júpiter, 1,414.

La tierra es 900,000 veces menor que la menor de las estrellas que alcanza á distinguir la vista desnuda, y 1.400,000 veces menor que el sol.

Hay otra cosa que pasma en los astros, más que su masa: su movimiento.

Urano recorre 5,700 leguas por hora; Venus, 28,953 leguas, en el mismo período de tiempo.

"Sin embargo, dice el Padre Ventura, con tan violenta celeridad, los cuerpos celestes, hace 6,000 años, conservan la órbita que les trazó la voluntad suprema, sin desviarse un ápice de su curso fijo."

"¿Cómo sucede, continúa el sabio Teatino, que cuerpos tan enormes, tan sólidos y tan pesados, se muevan con tanta ligereza y de un modo tan regular y tan rápido? ¿Cómo es posible, sin violentar la razón, sin abjurar el buen sentido, atribuir fenómenos semejantes á la ciega impulsión de los átomos? ¿Cómo es posible admitir que partículas de materia estúpida, agitándose en torbellinos, en las inmensidades del espacio y hacinándose en masas enormes, han podido no sólo formar cuerpos de tan prodigioso tamaño, de formas

tan bellas y tan perfectas, sino trazarles sendas misteriosas é invisibles que deben seguir constantemente, y fijarles al mismo tiempo el período en el cual deben acabar su camino, que no pueden abreviar ni retardar un solo instante?"

Ya se ve cómo el atomismo es un absurdo, que ni los filósofos de la antigüedad pudieron admitir.

El dualismo no da la explicación de la existencia del mundo; tampoco el panteísmo; el atomismo menos.

Si, pues, existen seres distintos de Dios, cuya existencia no puede desconocerse, no cabe más remedio, para explicar su vida, que la creación de la nada.

Dios es creador, es decir, da el ser á lo que no tiene ser.

El acto creador no es más que el tránsito del no ser al ser: es obra de un poder omnipotente.

Dios es principio de todos los seres existentes, por creación: El les da el ser, la sustancia, que no tenían.

— — —
No puede ponerse en duda la existencia del universo: tampoco puede negarse la existencia de un Ser Supremo.

Si el Ser Supremo existe y si existe también el Universo, éste ha sido producido por Dios ó de una materia preexistente, ó como una modificación de la sustancia divina, ó como un resultado casual de los choques de los átomos, ó de la nada al impulso omnipotente de su palabra.

La razón humana no puede admitir los tres primeros extremos: el *dualismo*, el *panteísmo* y el *atomismo*, según las breves observaciones que dejamos apuntadas, son tres sistemas que, por escapar del dogma cristiano de la creación, consagran el absurdo.

No hay remedio: la escuela cristiana es la única que enseña la verdad: la creación del mundo es un dogma que se impone á la inteligencia del hombre: el universo todo ha pasado del no ser al ser por la virtud de Dios.

La creación no es otra cosa que el acto de la voluntad omnipotente que hace que exista lo que antes no existía.

La creación es un dogma; pero es un dogma racional y que la inteligencia humana puede concebir sin esfuerzo.

Todo ser que obra, dice Santo Tomás, obra se-

gún su manera de ser en acto, de ser en actualidad, ó según su manera de existir.

Este es un principio que la razón humana percibe con claridad completa.

Un agente particular está en acto, dice el Padre Ventura, ó existe también de un modo particular, porque toda cosa particular tiene su acto, ó su actualidad, determinada á un género ó especie de seres.

Resulta, pues, que ninguna cosa particular tiene la virtud de producir un ser considerado como ser en general, pues lo que es particular no puede producir lo que es general; un ser particular puede tan sólo producir un ser particular y determinado á tal ó cual especie, porque todo agente produce efectos semejantes á su naturaleza.

Es por esto claro, que ningún agente natural puede producir simplemente el ser: está únicamente limitado á modificar un ser preexistente, á producir un ser determinado, reducido á este modo de ser con exclusión de cualquiera otro modo.

Por esta razón, los agentes naturales obran por el movimiento á virtud del cual cambian la forma ó lugar de una cosa: por eso tienen absoluta

necesidad de una materia preexistente que permita esa mutación, ese movimiento.

No sucede así en Dios: Dios es acto total, acto completo, acto puro.

Es un ser universal, indeterminado, incircunscrito.

Si, pues, todo agente obra según su manera de ser, evidente es que Dios por su acción produce no solamente tal ser, un ser determinado y definido, sino también el ser que por sí mismo subsiste, el ser en toda su naturaleza, en su totalidad, en toda su sustancia. Agente universal, dice Santo Tomás, Dios puede producir el ser universal, esto es, puede hacer las cosas del no ser, de la nada; y esta acción, que le es propia, se llama por excelencia creación.

Hay otra razón: el orden de los efectos es el reflejo del orden de las cosas y lo sigue rigurosamente.

El primero de todos los efectos es el ser de las cosas, porque se presupone y es anterior á los otros efectos que se encuentran en ellas mismas: el conocido principio que dice: *primero es el ser que el modo de ser*, lo revela claramente.

Los efectos secundarios tiene que referirse á

las causas secundarias; el efecto primero sólo puede referirse á la causa primera.

Si, pues, el primer efecto es el ser, sólo puede ser producido por la causa primera.

Si otra causa cualquiera comunica el ser, no lo efectúa por su propia virtud, sino por la virtud y operación de la causa primera que se encuentra en ella y en ella obra.

La razón, pues, por estos dos motivos, entre otros que pudieran aducirse y que de hecho aduce Santo Tomás, al tratar de esta materia concibe bien el dogma de la creación: es un dogma racional.

Los enemigos del dogma cristiano combaten este gran principio, este dogma, tan racional y tan concebible.

La creación, dicen ellos, significa el tránsito del no ser al ser: esto es imposible porque *de la nada, nada puede hacerse*.

Una primera respuesta puede darse á esta observación.

Moisés y todos los profetas; San Pablo y todos los Apóstoles; Tertuliano, Orígenes, San Agustín y todos los padres de la Iglesia; Alberto Magno, Santo Tomás y todos los doctores cató-

licos; Descartes, Bossuet, Fénelon, Pascal, Galileo, Newton, Euler y todos los filósofos cristianos, admitieron, creyeron, defendieron y explicaron el dogma de la creación.

¿No es contrario á toda autoridad, dice el Padre Ventura, á toda razón, el suponer que todos esos grandes varones, esos ingenios admirables, esas antorchas de la ciencia y de la humanidad, no hayan sido más que entes de pocos alcances, unos mentecatos, que no atinaron á comprender que el dogma de la creación es una cosa imposible, una contradicción monstruosa, un absurdo sin nombre?

¿No es al contrario, agrega el ilustre Teatino, más conforme á la razón, más verdadero, á lo menos más probable, que la razón religiosa, la razón cristiana de esas grandes inteligencias, que vieron, que penetraron todo lo que es posible al entendimiento humano ver y penetrar en este mundo, al someterse al dogma de la creación, lejos de hallarlo imposible, lo reconoció soberamente acreedor á toda creencia?

Pero no solamente esta primera respuesta puede darse á la observación que hacen los enemigos de la fe: puede darse otra que tiene su raíz en el dictamen de la razón.